

ciertos artículos en que unos y otros se habían convenido, adoleció gravemente y falleció de allí á poco. Sintieronlo mucho todos los que deseaban sinceramente la paz, porque cifraban en él las esperanzas de conseguirla; sintieronlo también los que le apreciaban por sus prendas personales, que sin duda eran estimables. Mas no así los soldados que habían militado con Balboa: acordábanse aun de haberle visto instrumento de la iniquidad de Pedrarias; y veinte años de servicios, de fatigas y de descubrimientos en Tierra-Firme, de prudencia y moderación en su conducta, no habían lavado, ni lavarán ya jamás, la mancha puesta á su nombre con aquella injusta sentencia.

Muerto Espinosa, el Adelantado despidió á los embajadores con encargo de que dijese al Gobernador que, para excusar revueltas y disensiones, lo mejor sería nombrar personas de buena conciencia que oyendo á peritos, declarasen lo que á cada uno tocaba, con obligación de restituirse recíprocamente lo que cada cual tuviese sin pertenecerle; y le avisasen al mismo tiempo que él iba á ponerse en camino para las provincias de abajo con el objeto de enviar al Rey el oro de sus quintos, y de paso iría pacificando la tierra. Movió en seguida su ejército á la marina, llevando consigo en prisiones á Hernando Pizarro, y dejando en el Cuzco á su hermano Gonzalo y al general Alvarado encargados á Gabriel de Rojas, que quedaba de gobernador en la ciudad. Este movimiento debía ya parecer nueva hostilidad á su contrario, y la arrogancia y soberbia de sus capitanes y soldados lo manifestaban mejor. Ufanos con la sorpresa del Cuzco y la victoria de Albancay, lo menos que decían era que iban á arrojar al Gobernador á mandar á sus anchos en las tierras de los manglares, y no había de quedar en el Perú ni una *pizarra* en que tropezar. Con estos fieros y esperanzas bajaron á los llanos, plantaron su real en Chíncha, y trataron de fundar allí una ciudad que les asegurase la costa, y fuese punto de abrigo para recibir los esfuerzos de gente y armas que pudiesen venir, los despachos reales y demás efectos que faltaban en las provincias de arriba. Este pensamiento se puso al instante en ejecución: poblóse la ciudad, que llamaron Almagro, y que por su localidad, por su nombre y por la ocasión parecía destinada á servir de padron

á la de Lima, de insulto y mengua á Pizarro, y de orgullo y riqueza á sus fundadores.

Entre tanto Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado tuvieron modo de sobornar á sus guardas y escaparse del Guzco con otros pocos españoles que les quisieron seguir. Tomaron su camino por las sierras, y atropellando peligros y dificultades harto trabajosas, lograron llegar á Lima y abrazar al Gobernador, que se holgó en extremo de su libertad. Esta noticia, llevada al real de Chíncha, alteró los ánimos de modo que Almagro, arrepentido de no haber seguido los consejos rigurosos de Orgoñez, iba ya inclinándose á ponerlos en ejecución respecto de Hernando Pizarro. Jamás estuvo en mayor peligro este capitán; pero Diego Alvarado, constante en protegerle templó la irritación del Adelantado y contradujo las razones, que para despacharle daba siempre su general. Hizo mas aun, que fué salvarle de las funestas resultas á que su genio áspero y altivo le arrastraba frecuentemente. Tal debió estar un día, que el alférez general de Almagro, que casualmente altercaba con él, no pudiendo sufrirle y perdiendo toda consideración y respeto, le puso una daga á los pechos para pasarle el corazón, á tiempo que Alvarado pudo venir á detener el golpe y apaciguar la contienda.

Dió el Gobernador oído á la proposición de poner el negocio en tercera, y los dos contendientes se convinieron al fin en poner sus diferencias al juicio del padre Francisco Bobadilla, provincial y comendador de la Merced, á quien uno y otro respetaban como sugeto de letras, probidad y pundonor. El primero que por su desgracia pensó en él fué el Adelantado, con mucha contradicción de Orgoñez, que viendo claro en esto como en todo, decía abiertamente que el padre Bobadilla era mas aficionado á don Francisco Pizarro que no á él; que este juicio, en caso de fiarse á alguno, debía ser, no á un hombre exento como lo era aquel religioso, sino á personas que temiesen á Dios y también temiesen á los hombres; bien que, insistiendo siempre en su modo de pensar resuelto y desengañado, añadía que la verdadera seguridad no consistía en frívolas convenciones, sino en prepararse de modo que el enemigo no pudiese dañar ni ofender. A esto Almagro respondía que si no podía esperarse justicia de un hombre de las

prendas que acompañaban al padre Bobadilla, no había en el mundo de quien poder fiar. Pero el suceso manifestó que Orgoñez no se engañaba, y el buen religioso correspondió bien mal á las esperanzas del Adelantado.

Es verdad que al principio mostró una grande imparcialidad, y su primera diligencia fué procurar que los dos competidores se viesen y hablasen á presencia suya. Esto era sin duda ir á cortar el mal de raíz si todavía quedaba en ellos algun rastro de la amistad y confianza antigua, pues viéndose, hablándose y abrazándose, podían disiparse las sospechas y los efectos funestos de los chismes traídos y llevados por terceros. Concertáronse pues estas vistas para Mala, donde el Provincial había fijado su residencia y establecido su juzgado; y se hicieron todos los juramentos y pleitos homenajes que se contemplaron necesarios para la seguridad de unos y otros, obligándose con ellos no solo los Gobernadores, sino tambien sus respectivos generales, para que las tropas no se moviesen de los puntos que ocupaban mientras la conferencia durase. Prestóle Rodrigo Orgoñez; pero sospechando siempre segun su costumbre, la mala fe de sus contrarios, dijo á Almagro, levantando su mano derecha: « Señor Adelantado, no me contentan estas vistas: ruego á Dios que se hagan mejor de lo que yo lo adivino. » Él adivinaba en esta coyuntura tan bien como en las demás, y solo como por milagro es escapó el Adelantado de la celada que le tenían prevenida.

El primero que se presentó en Mala fué Pizarro, seguido, segun el convenio hecho, de solos doce á caballo que eran sus principales amigos y confidentes. Poco tiempo después marchó el Adelantado, acompañado de otros tantos caballeros, y luego que se supo su llegada, el padre Bobadilla, el Gobernador y demás capitanes se pusieron á aguardarle á la puerta de la casa. Apeóse y fué para el Gobernador con el sombrero en la mano y le hizo reverencia, á la cual Pizarro correspondió tocándose con la mano la celada que tenia puesta, y saludándole friamente. En otros tiempos se abrazaban cuando se veían, y lloraban ó de placer ó de sentimiento; pero la amistad transpiraba siempre en sus agasajos ó en sus quejas. Aquí ya la falsedad, el resentimiento y la desconfianza tenían endurecidos los corazones, y nada se pudieron decir que pudiese

satisfacerlos y aplacarlos. Con alguna mas atencion recibió los caballeros que le acompañaban, y como viese que no llevaban armas, les dijo *que iban de rúa*; á lo que ellos cortesmente respondieron que *para servirle*. El provincial rogó á los Gobernadores que subiesen á su casa, lo cual hecho, y hallándose algo apartados uno de otro, el primero que prurumpió á hablar fué Pizarro, que preguntó al Adelantado por qué causa le había tomado la ciudad del Cuzco, que él había ganado y descubierto con tanto trabajo; por qué le había llevado su india y sus yanaconas; por qué, en fin, no contento con estas tropelías, le había hecho la grande injuria de prender á sus hermanos. — « Mirad lo que decis, contestó el Adelantado, en eso de afirmar que ganasteis el Cuzco por vuestra persona: bien sabeis vos quién la ganó. Yo he ocupado el Cuzco porque era ciudad de mi gobernacion segun las reales provisiones expedidas en mi favor; mi intencion era entrar con ellas sobre mi cabeza, y no por armas; vuestros hermanos me la defendieron, y ellos me dieron justicia para prenderlos. » — « Si mis hermanos, interrumpió el Gobernador, siendo mancebos os la defendieron, mejor os la defenderé yo. » — « Por estas causas, continuó Almagro, he entrado en el Cuzco y me hice recibir por gobernador. » — « No eran esas causas bastantes para el desacato de prenderlos ni para romper á Alonso de Alvarado en Abancay. Así pues volved al Cuzco y dad libertad á mi hermano, ó de lo contrario debeis considerar que va á resultar gran daño. » — « El Cuzco está en mi gobernacion, y no le devolveré si el Rey no me lo manda. En cuanto á la libertad de vuestro hermano, letrados hay aqui, y ellos podrán determinar lo que sea justicia, y yo le soltaré si así lo declaran, con tal que se presente ante el Rey con el proceso. » — « Soy contento de ello, contestó Pizarro. »

Así altercaban los dos, cuando los amigos de Almagro llegaron á rastrear que Gonzalo Pizarro se había acercado con tropas á Mala, y aun se decia que tenia dispuesta una emboscada de arcabuceros en un cañaveral, aguardando á que las trompetas hiciesen señal para emprender su mal hecho. En un punto pues arrimaron un caballo á la casa, entró Juan de Guzman, uno de los capitanes en la sala, y le avisó como pudo de ello; y Almagro sin detenerse bajó, subió á caballo, y con él sus amigos, y á

todo galope desaparecieron ¹. El Gobernador envió tras de él á Francisco de Godoy á saber la causa de aquella improvisa retirada, y á convidarle á que viniese á Mala á otro día para terminar su conferencia. Pero el juego estaba descubierto, y el Adelantado, que por las razones mismas de Francisco de Godoy llegó á entender mejor la mala fe de su adversario, le contestó secamente que para presentar las escrituras y oír la determinación bastaban los procuradores y no era necesaria su presencia.

A este desabrimiento sucedió el fallo del juez compromisario, que le encontró todavía mas. El Provincial, vistas las escrituras y oídos como peritos los pilotos que las dos partes presentaron, pronunció su sentencia, que fué tal como si el mismo Pizarro, se la dictara; porque dejando para el resultado de observaciones mejor hechas la división de las distancias y de los términos de una y otra gobernación, se mandaba á don Diego de Almagro que volviese la ciudad del Cuzco á don Francisco Pizarro, que la poseía pacíficamente cuando él la tomó á fuerza de armas, y manifestamente contra la voluntad del Rey, sin ser juez allí ni gobernador; que diese además el oro y la plata perteneciente á los quintos del Rey, y que dentro de seis días entregase los presos con sus causas, para que vistos por él, hiciese justicia y enviase el oro y la plata á la corte. Este era el artículo principal ó mas esencial de aquel fallo, que publicado y comunicado á las partes, fué alabado y consentido por el Gobernador. Por el contrario, el procurador del Adelantado interpuso apelación para el Rey y su consejo de Indias á lo que repuso el juez, como era de esperar, que de su sentencia no había apelación, porque era consentimiento de ambas partes interesadas.

1. Dícese también que Francisco de Godoy, uno de los capitanes de los Pizarros, descontento del mal trato y doblez con que se recibía á Almagro, no teniendo otro modo de avisarle, y viéndole subir á la casa de Provincial, empezó á cantar un romancillo que decía:

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es ya de andar de aquí.

El Adelantado lo entrecuyó, y por eso estuvo tan pronto á salir de la sala cuando Juan de Guzman subió á advertirle.

Mas cuando el aviso de aquella decisión tan parcial llegó al ejército, era de ver cómo en él se expresaban las pasiones de aquellos soldados, que de un golpe se creían despojados de lo que con tanto afán, tantos trabajos y peligros habían adquirido. Turbóles la nueva, y la melancolía y el silencio manifestaban bien su amargura y desaliento; mas luego se acordaron de que tenían en sus manos las armas con que se lo habían adquirido, y en once furiosos, decían que no debía sufrirse tamaña injusticia como la que aquel religioso había hecho; y volviendo después su cólera contra su general, á voces y en corrillos clamaban contra su ignorancia, contra su vejez y flojedad. « Por ellas, decían, triunfarán los Pizarros, y ocuparán las ricas provincias del Perú, mientras que nosotros habremos de ir entre los charcas y collas, que ni aun leña alcanzan para quemar. ¿No hubiera sido mejor, si habíamos de perder el Cuzco, pasar el río Maule y entrar en las provincias del estrecho de Magallanes? Esas á lo menos nadie nos disputaría. » El alboroto y la agitación eran tales, que el Adelantado, aunque lo intentara, no los pudiera apaciguar; pero era preciso sosegarle primero á él, que confundido y irritado con aquel desengaño, estaba fuera de sí, y prorumpía en expresiones que desdecían de su carácter y ajaban su dignidad. « ¿ Por ventura se ignora en parte alguna lo que yo he hecho para descubrir este Nuevo Mundo, y los trabajos, fatigas y dispendios que treinta años hace estoy gastando en servicio del Rey y en esta empresa? Llámame por desprecio tuerto y viejo; pues deben saber que si este viejo, este tuerto, no se hubiera arriscado á ella con la eficacia y tesón de que todo el mundo es testigo, Pizarro la hubiera dejado y vuéltose sin fruto alguno á Tierra-Firme; y ahora un fraile cauteloso y fementido ha venido á engañarme con sus mañas, para dejar en sus manos un juicio que solo competía á letrados y juristas, y que él ha corrompido con tan inicua sentencia. »

Esta ira y exaltación del Adelantado no eran de extrañar: Bobadilla espontáneamente había dicho que si él fuera juez de aquellas diferencias partiría los límites de las gobernaciones de modo que la de Almagro empezase en la nueva ciudad de este nombre, con la mitad de la tierra que había desde ella hasta Lima. Juraba el fraile hacerlo por el hábito que traía, y

el buen Almagro, creyéndole, quiso que fuese él solo quien fallase en el negocio. Es probable que estuviese adestrado por Pizarro para este caso, y el Adelantado cayó simplemente en el lazo que le tenía armado su rival. Orgoñez, viendo á su gobernador tan alligido, le consolaba á su modo, y le decia que no tomase pena por lo hecho, pues él mismo tenia la culpa por no haber querido dar crédito á sus verdades. El último remedio de este asunto era cortar la cabeza á Hernando Pizarro, retirarse al Cuzco y hacerse fuertes allí : « De este modo conocerá nuestro enemigo que no se quiere ni paz ni concordia alguna con él. Él podrá seguirnos con su ejército, pero por poderoso que sea, los caminos no son tan fáciles ni tan bien provistos, que en cualquiera punto no se le pueda desbaratar. » Repugnaba á Almagro aquel partido desesperado, y no se avenia con el derramamiento de sangre, y respondió á su general que se viese si Bobadilla queria otorgar la apelacion, para evitar en cuanto fuese posible las guerras y los alborotos.

Entre tanto lo que mas peligro corria era la vida de Hernando Pizarro, amenazada continuamente por los fieros de los soldados, y no segura de un instante de enojo en el corazon de Almagro. Su hermano lo veia bien; y así, prescindiendo ya de la declaracion de Bobadilla, quiso y propuso que se tratase de otros medios de concordia y se diese libertad al prisionero. Queriala conseguir á todo precio, y con tanto mas ahinco, cuanto en su corazon tenia propuesto no cumplir nada de lo que concertase por ella. Y como el Adelantado, aunque pronto á enojarse y tenaz en su ambicion, procedia de buena fe y repugnaba todo partido violento, dió por fin oidos á la negociacion que se entabló de nuevo, y en la cual no dejó de haber altercaciones y dificultades que serian prolijas de referirse. Pero todo vino á terminar en unos capitulos de concordia en que se convinieron, por los cuales el Cuzco quedaba en poder de Almagro interinamente hasta que el Rey otra cosa mandase, y Hernando Pizarro era puesto en libertad, haciendo primero pleito homenaje de partir á Castilla en cumplimiento de los encargos que de allí habia traído.

A las deliberaciones que se tuvieron sobre esto no fué llamado Orgoñez; pero lo fué cuando ya en virtud de los artículos concertados se trató de realizar la soltura de Hernando

Pizarro. Disculpóse el Adelantado del recato que se habia tenido con él, y justificó su resolucion con su deseo de la paz. Mas aquel hombre, tan ingenuo como leal, no pudo menos de exponer que el que en Castilla no habia cumplido con su palabra, tampoco la cumpliria en las Indias; que donde no habia confianza no podia haber amistad; que una y otra, fundadas en verdad y en virtud, no podian existir en compañía del fraude y la malicia : antes juzgaba que no eran muy necesarias las armas; mas ya le afirmaba que le convenia aperebirlas para en adelante, pues nunca faltaban excusas á los pérfidos para faltar á sus promesas. Y haciendo enérgicamente con sus manos la demostracion de cortarse la cabeza, « ¡ Orgoñez! Orgoñez! exclamó, por la amistad de Don Diego de Almagro te han de cortar esta. » Otro soldado valiente dijo á voces : « Señor Adelantado, hasta ahora no truje pica, pero de aquí adelante la traeré de dos hierros. » Todo el campo, alborotado sabiendo lo que se trataba, y convencido del carácter pérfido, implacable y vengativo de Hernando Pizarro, manifestaba los mismos recelos que Orgoñez; y con cédulas, motes y escritos sin autor se daba á entender que si se deseaba paz no convenia descuidarse.

Pero la suerte estaba echada, Almagro resuelto, y todos en espectacion. Él mismo fué al lugar en que se custodiaba el preso, mandó al alcaide que le sacase, y los dos se abrazaron. El Adelantado le dijo que olvidase las cosas pasadas, y tuviese por bien que en adelante hubiese paz y tranquilidad entre todos; á lo que respondió Hernando Pizarro que ninguna cosa mas deseaba, y que por su parte no faltaria á ello. Hizo luego el juramento y pleito homenaje acordado en las capitulaciones. Almagro le llevó á su casa y le regaló espléndidamente : allí le visitaron y hablaron los capitanes y caballeros del ejército, y saliendo todos á despedirle como una media legua, acompañado de don Diego, hijo del Adelantado, de los dos Alvarados y otros caballeros, llegó por fin al campo de su hermano. De él fueron recibidos con las demostraciones de alegría y agasajo propias de la ocasion : los regaló, les dió dádivas y joyas, principalmente al jóven don Diego, y los despidió con todo agrado y cortesia. Vueltos al campo, aunque la mayor parte del ejército sospechaba que la paz no duraria mucho tiempo, Alma-

gro no obstante seguía en su confianza y más sabiendo el buen recibimiento que Pizarro había hecho á su hijo. Con estos pensamientos lisonjeros pasó su campo al valle de Zangalla, donde trasladó el pueblo que había empezado á fundar en Chíncha, y no se ocupó entonces de otra cosa que de enviar los quintos del Rey á Castilla.

Diversas por cierto eran las disposiciones del campo contrario. Luego que los dos hermanos pudieron hablarse á solas, Hernando pidió al Gobernador venganza de las injurias que se habían hecho á los dos con la toma del Cuzco, despojo de su hacienda, larga prisión, y demás violencias de Almagro: decíale que no era honor suyo dejarlas de castigar, y que para eso se debía seguir y prender al Adelantado. Convenía el Gobernador en la razón del enojo y en la justicia del castigo, pero vacilaba en tomarla por su mano. « Temo, decía, la ira del Rey. » « ¿ Y la temía él cuando se atrevió á entrar por fuerza en el Cuzco y ponerme á mi en prisión? » No era pues posible contener el deseo de sangre y de venganza que ardía en aquel ánimo soberbio, aun cuando las intenciones del Gobernador estuviesen mejor dispuestas; que no lo estaban sin duda, visto el encadenamiento de fraudes y de artificios con que había conducido la negociación hasta llevar las cosas al punto en que se hallaban. Juntó sus capitanes, y en presencia de ellos pronunció auto en que calificando de delitos todas las operaciones del Adelantado desde su vuelta de Chile, se constituía vengador y castigador de aquellos males, y mandaba que su hermano Hernando Pizarro no saliese del reino hasta pacificarlo, por la necesidad que allí de su persona había, pudiéndose enviar los quintos al Rey con otro sujeto de confianza. Resistió Hernando el cumplimiento de esta parte del auto, alegando el encargo especial que había traído de la corte; y para completar esta farsa indecente que á nadie podía engañar, se hizo repetir aquel mandato dos y tres veces, y aun amenazar con castigo si no le obedecía.

Hizo e en seguida al Adelantado la intimación de estilo para que, en cumplimiento de una provisión real que había venido algunos días antes sobre límites de las dos gobernaciones, se saliese de lo poblado y conquistado por el Gobernador, y de no hacerlo, fuesen de su cuenta los daños y males que se siguiesen

de su resistencia. Aunque turbado con un golpe tan imprevisto para él, respondió que, en cumplimiento de aquel real despacho, no saldría del lugar donde se le notificaba; que hiciese lo mismo el Gobernador, y que los daños corriesen de su parte si otra cosa hacía. Esta diligencia era en realidad la declaración de la guerra, y los dos partidos se prepararon á hacérsela con toda la animosidad de sus recíprocos agravios y de sus pasiones exaltadas.

Las fuerzas no eran ya iguales ni la confianza la misma. Los Pizarros tenían doble gente que Almagro, bien pertrechada, dirigida por capitanes experimentados y todos adictos y fieles á la causa que defendían, los unos por creerla más legítima, los otros seducidos y fascinados por las magníficas promesas del Gobernador; y este, más firme y más recio mientras más años tenía, redoblaba sus esfuerzos y su tesón para vindicar su autoridad desairada, de la cual cada vez era más celoso. Almagro, al contrario, debilitado por la edad y por los achaques que ya empezaba á padecer, con un carácter infinitamente menos firme aunque más bueno, cansado de negociar inútilmente, y gastado con el tiempo no podía comunicar á su gente la confianza y el ánimo que él no tenía. Orgoñez poseía las calidades de alma que faltaban á su jefe, y las poseía en alto grado; pero carecía de la autoridad y del influjo propios de un caudillo principal, centro de las operaciones y de los intereses de todos; y por una fatalidad singular sus dictámenes, que eran los más seguros, fueron siempre combatidos por Diego de Alvarado, que más blando, más comedido, y por lo mismo más acepto á Almagro, conseguía siempre al fin que los suyos prevaleciesen. Los demás capitanes, bizarros sin duda y valientes á toda prueba, tenían menos subordinación y menos unidad de intereses y de miras que los del Marqués. Los soldados, en fin, inferiores en número, intimidados unos con el superior poder de sus enemigos, y otros ganados con sus artificios para que abandonasen sus banderas cuando llegase la ocasión, no componían un cuerpo tan dispuesto á moverse con igualdad como el ejército contrario.

Así no es de extrañar que todas las operaciones de las tropas de Almagro, desde que volvió á estallar la guerra hasta que finalizó con la batalla de las Salinas, fuesen una serie no inter-

rumpida de yerros y de desastres. Perdieron las alturas de la sierra de Cuaytara, donde con poquisima gente pudieron deshacer á sus contrarios, y se dejaron sorprender por ellos. Perdieron tambien la ocasion de desbaratarlos cuando, empeñados en el paso de la sierra, se hallaron los Pizarros atacados del frio intenso y cruel que alli reina, y transidos, pasmados, luchando con vértigos y bascas de muerte, presentaban fácil victoria á sus poco advertidos enemigos. No se atrevieron á seguir el dictámen de Orgoñez, que viendo á los Pizarros determinados á seguir su camino al Cuzco, propuso revolver impetuosamente sobre Lima, entonces desamparada de fuerzas, rehacerse alli de gente, escribir á España el verdadero estado de las cosas, y equilibrar la reputación ocupando la nueva capital del imperio, ya que el enemigo se apoderase de la antigua. Este parecer, en el cual Orgoñez daba la mejor prueba de su pericia y denuedo militar, era acaso el único camino de salvación que les quedaba. Pero aunque algunos capitanes le aprobaron, fué contradicho por otros, que aparentando no querer perder el fruto de sus fatigas en la posesion del Cuzco, no querian en realidad abandonar á sus contrarios las riquezas que en él tenian, ni alejarse de las delicias y regalos que allí disfrutaban. Siguióse por su mal el parecer de los últimos, y ni cortaron los puentes de los rios que habian de hallar sus contrarios en su marcha, ni los molestaron en ninguno de los pasos difíciles del camino. Vueltos en fin al Cuzco, en vez de atrincherarse y fortificarse allí para defenderse los pocos de los muchos, confiados en su valor, ó mas bien arrastrados de su mala fortuna, presentan en campo raso la batalla á sus enemigos, que si bien eran menos fuertes en caballería, les eran muy superiores en arcabuceria y ordenanza militar.

Pizarro luego que los suyos arrojaron á los contrarios de las alturas de Guaytara, los llevó al valle de Ica para que se repusiesen de las fatigas y trabajos pasados en la sierra. Allí determinó entregar el ejército á sus hermanos para que persiguiesen á Almagro, que habia ya tomado la vuelta del Cuzco. Hernando iba de superintendente, gobernador y cabeza de la expedición; Gonzalo con título de capitán general. Recomendólos el Gobernador á los capitanes y soldados, excusándose él de no mandarlos, con sus enfermedades y su vejez: animó

á todos con la esperanza de una segura victoria sobre sus contrarios, vencidos ya y fugitivos; la cual no seria batalla, sino un justo castigo de hombres enemigos de su rey. Todos respondieron á voces que estaban prontos á ello, y con esta alegre disposicion se dió la señal de marchar tomando el ejército el camino del Cuzco, y el Gobernador el de Lima.

No faltó quien aun en el extremo á que ya eran llevadas las cosas, y entre gente tan olvidada al parecer de todas sus obligaciones, tuviese osadía para representar á los dos hermanos que bastaba ya la sangre española vertida en el levantamiento del país y en la prosecucion de tantos desvarios; que se acordasen de lo que debian á Dios, al Rey y á la patria, y suspendiesen los aparatos de guerra, ofreciéndose ellos á que por términos pacíficos se arreglase todo á su voluntad. Mas era ya tarde para que este último y generoso esfuerzo de la humanidad y de la razon fuese oido de aquellos hombres soberbios y vengativos. Hernando Pizarro respondía que don Diego de Almagro era el que habia roto la guerra: bien seguro y tranquilo se hallaba él en el Cuzco, sin tener pensamiento de enemistad con ninguno, cuando el Adelantado con las banderas tendidas y al son de los atambores se habia declarado enemigo de los Pizarros; bien era menester que entendiese á qué hombres habia ofendido; y así, no habia que pensar en mas que en ir á buscar al enemigo, y que las armas decidiesen cuál era el partido que debia prevalecer. El Gobernador, aunque con menos violencia, resistia con igual dureza las sugerencias de paz: el que se atrevió á afirmar « que su jurisdiccion llegaba hasta el estrecho de Magallanes »¹, devoraba ya en el deseo la inmensidad de su mando, y anhelaba el momento de arruinar sin recurso á su adversario para verse único y solo gobernador de aquellas dilatadas regiones. Los temores que pudiera darle el desagrado de la corte obraban como inciertos y lejanos, y seis-cientos mil pesos de oro que tenia recogidos para enviar al Rey le parecian suficiente justificación ó disculpa de cualquiera atentado. No habia por consiguiente respeto que le enfrenase ni consideracion que le moviese, siendo su ambicion hidrópica

1. Para esta expresion ambiciosa y temeraria véase Herrera, década 6.^a, lib. 4, cap. 2.

mas insaciable en él todavía, que en su hermano la venganza. A esta disposición tan enconada en los jefes se añadía la que animaba á oficiales y soldados, los unos ganosos de lavar la afrenta recibida en Abancay, los otros anhelando ir á apoderarse de las riquezas y gozar de las delicias que los de Almagro disfrutaban, prometidas á ellos en premio de los trabajos y peligros que sufrían en aquella contienda. Cerróse pues el paso á todo buen consejo, y unos y otros se despeñaron en los horrores de la guerra civil.

Decidióse esta en el campo de las Salinas, á media legua del Cuzco, donde los dos bandos se encontraron (26 de abril de 1538). Estas batallas de América, que en Europa apenas pastrian por medianas escaramuzas, llevan consigo el interés de los grandes resultados que tenían, y el del espectáculo de las pasiones, manifestadas en ellas frecuentemente con mas energía que en nuestras sabias maniobras y grandes operaciones. Dijose la misa muy de mañana en el campo de los Pizarros, como si con esta muestra de devoción legitimasen y santificasen su causa. En seguida Hernando, armado de todas piezas, con una rica sobrevesta de damasco naranjado, y un alto penacho blanco en la cimera del yelmo, con que amigos y enemigos le distinguiesen de lejos, sacó su gente al combate, y atravesando un rio y una ciénaga que habia delante, se fué á encontrar con el ejército contrario. Las fuerzas no eran iguales: prevalecían á la verdad los de Almagro en caballería y en indios auxiliares; pero era doble el número de los españoles en el campo de los Pizarros, y una manga de arcabuceros que acababa de llegar de Europa les daba gran ventaja en esta parte esencial, y decidió la fortuna del dia. Porque luego que vencieron los malos pasos que tenían que atravesar, y estuvieron al alcance de su arma, aquellos diestros tiradores, animados por Hernando Pizarro, que les gritaba: « ¡ A las astas arboladas ! » pusieron fuera de combate á mas de cincuenta de los caballeros contrarios. No ayudaba tampoco el terreno á la arremetida ó impetuosidad de los caballos, que era en lo que podían llevar ventaja los de Almagro: Orgoñez, receloso de ser envuelto por la superioridad de su adversario, habia elegido una posición mas propia para resistir que para atacar. En esto quizá lo

erró, y proporcionó al temor y la fuga la ocasión que habia quitado á la audacia. Su gente, hostigada con aquel fuego certero y sostenido, empezó á flaquear muy pronto: unos dejaban la formación por irse á guarecer detrás de unos paredones arruinados que habia en el campo, otros huían á la ciudad, otros en fin sin sacar la espada se pasaron vilmente al campo contrario, siguiendo el ejemplo que les dió Pedro Hurtado, alférez general de Almagro. Ya entonces, perdido el orden de batalla, empezaban á mezclarse unos con otros, y á campear solamente el esfuerzo personal de los hombres señalados. Pedro de Lerma, conociendo de lejos á Hernando Pizarro, se arrojó á él llamándole á voces *traidor y perjuro*, y le encontró tan poderosamente, que le hizo arrodillar el caballo, y allí le matara si no fuera tan bien armado. Otros hacían por su parte iguales hechos con los contrarios que se les ponían delante. Orgoñez, que no habia olvidado ninguno de los deberes y atenciones de general, hizo con su persona todo lo que podia esperarse de su arrojo y resolución. Dos soldados enemigos atravesó con su lanza, y oyendo á otro cantar victoria, cerró al instante con él y le pasó el pecho de una estocada. En esto viendo que algunos de los suyos se retiraban de la batalla, voló á ellos con su caballo para hacerlos volver á ella. Herido en la frente, de un arcabuzazo, muerto el caballo y caído debajo de él, todavía pudo desembarazarse, y defenderse peleando, de la muchedumbre de enemigos que le tenían cercado y le decían que se rindiese. Preguntó si habia allí algun caballero á quien se pudiese entregar. Un Fuentes, criado de Hernando Pizarro, respondió que sí y que se diese á él. Así lo hizo, y luego que entregó la espada y le cogieron entre todos, el Fuentes arremetió á él y le degolló con una daga. Así murió este hombre, digno por su valor y su marcial franqueza de mejor guerra y de mejor fortuna. Matáronle á la verdad bajo el seguro de rendido, y esto hace mas fea y vil la acción de su matador; pero á pensar con equidad, no tuvo peor suerte que la que él mismo destinaba á sus vencedores, si hubiesen caído en sus manos. Era natural de Oropesa, habia servido en las guerras de Italia, y se halló de alférez en el saco de Roma. Poco antes de su muerte le habia dado el Rey el título de mariscal de la Nueva Toledo.

Ya en esto los capitanes Salinas, Lerma, Guevara y otros habian caido ó heridos gravemente ó muertos; y la gente de Almagro, enflaquecida y desalentada con tales desastres, acabó de desmayar de todo punto con la prision y muerte de su general. Declaróse la victoria en favor de los Pizarros; el campo quedó por ellos, y la ciudad fué al instante ocupada por el vencedor. Lleno de ira y de soberbia y respirando venganza, era por demás esperar de él ni generosidad ni clemencia. Al tiempo que ponian la cabeza de Orgoñez en un garfio en la plaza, cargaban de prisiones á todos los capitanes y caballeros distinguidos del bando contrario, los soldados saqueaban las casas, y algunos saciaban su enojo á sangre fria en los infelices prisioneros, que no se les podian defender. Así mataron traidoramente al capitan Rui Diaz, llevándole un amigo á las ancas de su caballo; así pereció tambien Pedro de Lerma, que cubierto de heridas y casi exánime, fué sacado del campo por otro amigo suyo y llevado á su casa, donde no pudo defenderle de un bárbaro alevoso, que le pasó á estocadas en la cama donde yacia moribundo. Aumentábase el disgusto y horror de estos desastres escandalosos con la licencia y el gozo que se notaba en los indios. Vióseles acudir de todos aquellos contornos y tenderse por los cerros circunvecinos para gozar del espectáculo sangriento que sus opresores les daban; oyóseles al comenzarse la batalla herir los vientos con alaridos de sorpresa y de alegría; y después, cuando terminado el combate, el campo quedó abandonado y solo, bajaron como aves carníceras á despojar los muertos, rematar los heridos; y creciéndoles la insolencia con la impunidad, entrar y robar el real de los vencedores.

Y ¿ qué era entre tanto del sin ventura Adelantado? El dia antes de la batalla, como si anteviera ya su acerba suerte, después de la revista de su tropa, á que estuvo presente en andas, porque no podia tenerse en pié, propuso á su general que se buscasen medios de paz y se excusase la sangre. Desechado esto fieramente por Orgoñez, animó noblemente á sus soldados antes de la pelea, y entregó el estandarte real á Gomez de Alvarado, recordándole su amistad y sus obligaciones. Después no pudiendo por su indisposicion y flaqueza asistir al combate, se puso á mirarlo desde lejos en un recuesto, y vió

con la congoja y agonía que son de imaginar sus amigos rotos y vencidos, y á él despojo de la fortuna y de las iras de un enemigo implacable é irritado. Recogióse huyendo á la fortaleza del Cuzco, adonde después de la batalla le fué á buscar Alonso de Alvarado, y le trajo á la ciudad para ponerle en el mismo encierro y con las mismas prisiones que habian sufrido él y los dos hermanos Pizarros. Hubo allí un capitan que viéndole por primera vez, y considerando su mala presencia y desagradable catadura, alzó el arcabuz para matarle, diciendo: « Mirad por quién han muerto á tantos caballeros. » Esta indignacion soldadesca no dejaba de llevar consigo una especie de generosidad, porque ¡de cuántos sinsabores, de cuántas congojas y humillaciones le libertara aquel golpe si Alonso de Alvarado, que le contuvo, le hubiera dejado descargar!

Al principio le fué á ver Hernando Pizarro por ruego suyo, le consoló, le dió esperanza de vida, y le aseguró que esperaba á su hermano y que se conformarian los dos, y si se tardase en venir, daría lugar á que se fuese donde estuviese. Enviábale regalos á la prision, le aconsejaba que estuviese alegre; y hubo vez en que envió á preguntarle que de qué modo iría mejor á ver á su hermano, si en silla ó en andas: el prisionero, agradecido, respondió que iría mejor en silla, y con estas buenas palabras de dia en dia esperaba verse puesto en disposicion de tratar sus cosas con su antiguo amigo y compañero. Mas entre tanto se le estaba formando un proceso capital, se admitian para hacerle cargos todas las delaciones y acriminaciones que pudieran agravar su causa, y fueron tantos los que acudieron á declarar contra él en obsequio de su perseguidor, que los secretarios no se daban manos á escribir, y el proceso llegó á tener mas de dos mil fojas. Entregado así á las pesquisas y cavilaciones judiciales, que cuando se llevan por semejante estilo son una degradacion todavia peor que el suplicio, el miserable prisionero estaba á orillas del sepulcro, y no conocia ni su daño ni su peligro. Habian ya pasado dos meses y medio desde el dia de la batalla ¹, cuando

1. Herrera dice que cuatro; pero en una carta inédita que he tenido á la vista, del tesorero Manuel de Espinal al Emperador, se fija el dia de la pronunciacion de la sentencia en 8 de julio de 1538;